Adiós, Robinson*

Ruido de avión que desciende.

ROBINSON.—*(Excitado)* ¡Mira, mira, Viernes! ¡La isla!

VIERNES.—Sí, amo.

A la palabra «amo» sigue una risita instantánea y como para sí mismo, apenas una indicación de risa contenida.

ROBINSON.—¿Ves la ensenada? ¡Mira, allá, allá! ¡La reconozco! ¡Allí desembarcaron los caníbales, allí te salvé la vida! ¡Mira, Viernes!

VIERNES.—Sí, amo *(risita)*, se ve muy bien la costa donde casi me comen esos caníbales malos, y eso solamente porque un poco antes mi tribu había querido comérselos a ellos, pero así es la vida, como dice el tango.

ROBINSON.—¡Mi isla, Viernes, vuelvo a ver mi isla! ¡Reconozco todo a pesar de los cambios, todo! Porque como cambios, los hay.

VIERNES.—Oh sí, como cambiar ha cambiado, amo *(risita)*. Yo también reconozco la isla donde me enseñaste a ser un buen esclavo. Allí se ve el lugar donde estaba tu cabaña.

ROBINSON.—Dios mío, hay un rascacielos de veinticuatro..., ¡no, espera, de treinta y dos pisos! ¡Qué maravilla, Viernes!

VIERNES.—Sí, amo *(risita)*.

ROBINSON.—Dime un poco, ¿por qué cada vez que te diriges a mí te ríes? Antes no lo hacías, sin contar que yo no te lo hubiera permitido, pero de un tiempo a esta parte... ¿Se puede saber qué tiene de gracioso que yo sea tu amo, el hombre que te salvó de un destino horroroso y te enseñó a vivir como un ser civilizado?

VIERNES.—La verdad, no tiene nada de gracioso, amo *(risita)*. Yo tampoco comprendo muy bien, es algo completamente involuntario, créeme. He consultado a dos psicoanalistas, uno freudiano y el otro junguiano, para doblar las chances como hacemos en el hipódromo, y para mayor seguridad me hice examinar por una eminencia de la contra-psiquiatría. Dicho sea de paso, éste fue el único que aceptó sin dudar que yo fuera Viernes, el de tu libro.

ROBINSON.—¿Y cuál fue el diagnóstico?

VIERNES.—Todavía está en procesamiento electrónico en Dallas, pero según me informó Jacques Lacan el otro día, se puede sospechar desde ya que se trata de un tic nervioso.

---

* *Cuadernos Hispanoamericanos* agradece a Ricardo Bada, de la *Deutsche Welle*, el habernos facilitado el presente original inédito, y a la agencia ALIA la buena voluntad puesta para autorizar su publicación. Se trata del único texto radiofónico escrito por Julio Cortázar.

ROBINSON.—Ah, bueno, si no es más que eso, ya pasará, Viernes, ya pasará. Mira, vamos a aterrizar. ¡Qué magnífico aeropuerto han construido! ¿Ves las carreteras, ahí y ahí? Hay ciudades por todas partes, se diría que esos son pozos de petróleo... Ya no queda nada de los bosques y las praderas que tanto recorrí en mi soledad, y más tarde contigo... Mira esos rascacielos, ese puerto lleno de yates... ¡Quién podría ya hablar de soledad en la isla de Juan Fernández! ¡Ah, Viernes, ya lo dijo Sófocles, creo, el hombre es un ser maravilloso!

VIERNES.—Sí, amo *(risita)*.

ROBINSON.—*(Para sí mismo.)* La verdad es que me joroba un poco con su risita.

VIERNES.—Lo que no entiendo, amo, es por qué has querido volver a visitar tu isla. Cuando se lee tu libro con verdadero espíritu crítico, el balance de tu estancia en la isla es bastante nefasto. La prueba es que cuando te rescataron, casi te vuelves loco de alegría, y si al ver alejarse las costas de Juan Fernández no les hiciste un corte de mangas, fue tan sólo porque eres un caballero británico.

ROBINSON.—Ah, Viernes, hay cosas que los indios como tú no pueden comprender a pesar de lo mucho que los ayudamos a diplomarse en las mejores universidades. La noción del progreso te está vedada, mi pobre Viernes, y hasta diría que el espectáculo que ofrece nuestra isla desde el aire te decepciona o te inquieta; algo de eso leo en tus ojos.

VIERNES.—No, amo *(esta vez sin la risita)*. Yo sabía muy bien lo que íbamos a encontrar. ¿Para qué tenemos la TV y el cine y el National Geographic Magazine? No sé realmente por qué estoy inquieto y hasta triste; tal vez en el fondo sea por ti, perdóname.

ROBINSON.—*(Riendo.)* ¿Por mí? ¡Pero si tienes ante tus ojos al ser más feliz del universo! ¡Mírame bien, y mira el espectáculo que despliega sus alfombras ahí abajo!

VIERNES.—Hm.

ROBINSON.—¿De qué podría yo quejarme si en este momento asisto no solamente a la realización de mis sueños de progreso y de civilización, sino a los de toda la raza blanca, en todo caso la británica para estar más seguros?

VIERNES.—Sí, amo *(risita)*, pero todavía no has visto la isla de cerca. Tu alegría podría ser prematura, es algo que yo siento con la nariz, si me perdonas.

ROBINSON.—¡Con la nariz! Oh, Viernes, después de la educación que te hemos dado...

VIERNES.—Desde luego impecable, amo *(risita)*. Lo que no entiendo es que el avión no cesa de dar vueltas sobre la isla.

ROBINSON.—Pienso que el piloto me rinde un conmovedor homenaje, Viernes, dándome la oportunidad de ver en detalle mi querida isla convertida en un paraíso moderno. ¡Ah, ahora sí aterrizamos! Prepara nuestro equipaje de mano. Cuando retires las valijas, cuéntalas bien, cinco mías y tu bolsa de arpillera.

Ruido de avión que aterriza, descenso de los pasajeros, marcha por largos pasillos, etc.

ALTAVOZ.—Los pasajeros con destinación a Buenos Aires, Quito, Santiago y Panamá, sigan el corredor marcado con flechas verdes. Los pasajeros con destinación a Houston y San Francisco, sigan el corredor marcado con flechas azules. Los

pasajeros que permanecen en Juan Fernández, sigan el corredor marcado con flechas amarillas y esperen en el salón del fondo. Gracias.

ROBINSON.—¿Ves, Viernes? ¡Qué organización! Antes había toda clase de confusiones en los aeropuertos, y yo me acuerdo muy bien de que...

ALTAVOZ.—Atención, pasajeros con destinación a Buenos Aires. Al final del corredor marcado con flechas verdes, deberán dividirse en dos grupos, las damas a la izquierda y los caballeros a la derecha; los menores de edad permanecerán con su padre o su madre según prefieran. Las damas entrarán en la sala marcada con D, y los caballeros en la marcada C. Atención, pasajeros con destinación a Quito. Cuando hayan llegado al final del...

ROBINSON.—Es extraordinario, realmente. ¿Te das cuenta, Viernes de que aquí se ha eliminado toda posibilidad de error?

VIERNES.—Me basta con que tú lo digas, amo *(risita)*.

ROBINSON.—Esa cuestión de tu tic nervioso... En fin, ahí está el salón que nos anunciaron; supongo que las autoridades me estarán esperando para darme la bienvenida.

ALTAVOZ.—Los pasajeros que permanecen en Juan Fernández pasarán las formalidades de policía y aduanas en las ventanillas uno a diez, con arreglo a la inicial de sus apellidos. Se ruega al señor Robinson Crusoe dirigirse a la puerta marcada «Oficial».

ROBINSON.—¡Ah, perfecto, perfecto! Ahora verás, Viernes, que...

FUNCIONARIA.—¿Señor Crusoe? Mucho gusto. Pase por aquí.

ROBINSON.—Viajo con mi...

FUNCIONARIA.—Su secretario irá a la ventanilla V. Pase, por favor.

ROBINSON.—Pero es que nosotros...

VIERNES.—No te preocupes, amo *(risita)*, ya nos encontraremos en alguna parte, yo me ocupo de las maletas.

FUNCIONARIA.—Señor Crusoe, lo he hecho llamar aparte porque el gobierno de Juan Fernández quisiera evitarle toda dificultad durante su estancia en la isla.

ROBINSON.—¿Dificultad? Yo esperaba que...

FUNCIONARIA.—Sabíamos de su llegada, y haremos lo posible para que su visita sea agradable. Como usted sabe, nuestras relaciones con su país no están precisamente cortadas pero sí en una situación crítica, de modo que mi gobierno se excusa de no recibirlo públicamente. Trataremos de facilitarle todo lo que usted desee, en la medida de nuestras posibilidades, pero preferiríamos que usted se mantenga lo más alejado posible...

ROBINSON.—¿Alejado?

FUNCIONARIA.—... de contactos inútiles con el exterior, quiero decir con el público en general, la gente de la calle y de los cafés.

ROBINSON.—Pero yo...

FUNCIONARIA.—De aquí lo llevarán directamente al hotel, y el gerente tiene instrucciones para darle una habitación lo más aislada posible, incluso con un ascensor especial; usted sabe, el gobierno tiene siempre preparados ciertos ambientes especiales para los huéspedes distinguidos, a fin de sustraerlos a los contactos innecesarios.

ROBINSON.—(*En un murmullo.*) Innecesarios...

FUNCIONARIA.—Si quiere usted asistir a la ópera, el gerente se ocupará de obtenerle el billete; lo mismo si quiere visitar el casino o algún museo. En cuanto al interior del país, me temo que esta vez será imposible que salga usted de la capital. Es mi deber señalarle que el sentimiento antibritánico es muy intenso en estos momentos.

ROBINSON.—Pero yo creía que Juan Fernández...

FUNCIONARIA.—Oh, no se trata solamente de un antagonismo hacia su país, sino de alguna manera un antagonismo general.

ROBINSON.—(*Explotando.*) ¿Un sentimiento que va también contra el propio gobierno? (*Silencio prolongado.*) Perdóneme, señora, no quisiera inmiscuirme en... pero realmente esta situación me toma de tal modo de sorpresa...

FUNCIONARIA.—Juan Fernández no es una colonia, señor Crusoe, y somos perfectamente dueños de nuestros sentimientos. Como comprenderá, no podíamos negarnos a su visita, puesto que usted ha vivido en nuestra isla y le ha dado un prestigio mundial, pero acaso no le extrañará saber que desde hace tiempo no permitimos la entrada a ningún extranjero. Como excepción honorable, no dudo de que estará dispuesto a facilitarnos la tarea de protegerlo.

ROBINSON.—(*Como para sí mismo.*) Sí, desde luego, pero yo venía para...

FUNCIONARIA.—(*Casi secamente.*) Al fin y al cabo usted tuvo poca oportunidad de mantener contactos en su visita anterior. Bastará con que lo recuerde, y todo saldrá bien. (*Con mayor calidez.*) Sé que no le doy buenas noticias, señor Crusoe, y si de mí dependiera cambiar aunque sólo fuese un poco esta situación, créame que lo haría.

ROBINSON.—¿Si dependiera de usted? Oh, sí, me gustaría tanto hablar con usted, conocerla mejor... Me resulta difícil aceptar esta situación... No sé, tengo la sensación de que usted me comprende, y que al margen de su deber...

FUNCIONARIA.—Sí, claro que lo comprendo, y si se presenta la oportunidad tendré mucho gusto en hablar de nuevo con usted. Me llamo Nora. Mi marido es el subjefe de policía.

ROBINSON.—Ah.

FUNCIONARIA.—Por supuesto, conozco su libro, es un libro que todo el mundo ha leído aquí. A veces me pregunto por qué, ya que se refiere a un Juan Fernández muy diferente. A menos que...

ROBINSON.—¿A menos que... no sea tan diferente?

FUNCIONARIA.—(*Con su voz oficial.*) Lo dejaremos para otra vez, señor Crusoe. Este señor lo espera para llevarlo a la sala de equipajes donde también lo espera su... secretario. Buenas tardes, y feliz estancia en Juan Fernández.

ROBINSON.—(*Para sí.*) A menos que no sea tan diferente... A menos que... Pero no puede ser, yo vi el rascacielos allí donde se alzaba mi cabaña, yo vi las carreteras, los yates en la rada...

FUNCIONARIA.—Cuando usted quiera, señor Crusoe. Por aquí.

Ruidos de pasillos, de altavoces dando instrucciones.

ROBINSON.—¡Viernes!

VIERNES.—Sí, amo *(risita)*, ya ves que no era para tanto. Tus maletas ya están en el auto, y Plátano nos espera.

ROBINSON.—¿Plátano?

VIERNES.—*(Riendo)* Se llama así, qué quieres. Es el chófer que nos han dado, ya somos amigos.

ROBINSON.—*(Interesado)* Te hiciste amigo de Plátano?

VIERNES.—Claro, nadie se fija demasiado en mí, y Plátano desciende de la misma tribu que yo, lo descubrimos en seguida: los dos tenemos los pulgares muy largos, siempre fue nuestra manera de reconocernos en otros tiempos. Ven, amo, por aquí.

Ruidos de calle, autos y gente que habla animadamente. Música idiota por altavoces que hacen propaganda comercial igualmente idiota.

VIERNES.—Puedes decirme lo que quieras, amo, Plátano no comprende la lengua de Shakespeare. Pareces triste, amo.

ROBINSON.—No, no es eso, pero... ¡Ah, mira esa avenida!

VIERNES.—Es bastante ancha, en efecto.

ROBINSON.—¡Qué edificios extraordinarios! Y las calles llenas de gente, Viernes, de gente.

VIERNES.—No me parece tan extraordinario. Cualquiera creería que dejaste Londres hace veinte años. Esta es una ciudad como cualquier otra, Plátano me explicó todo. Esta noche, si no necesitas de mí, vendrá a buscarme para ir de juerga. Dice que las mujeres tienen una predilección por los pulgares largos, ya veremos.

ROBINSON.—Viernes, la educación que yo te he dado prohíbe que un caballero... En fin, tal vez Plátano querrá llevarnos a los dos, ¿no crees?

VIERNES.—*(Con tristeza)* No, amo, no lo creo. A su manera, Plátano ha sido muy franco conmigo. Tiene consignas y debe cumplirlas.

ROBINSON.—Como Nora... Como el gerente del hotel... y ahí, mira, esa calle angosta con sus mercados abiertos, las muchachas con vestidos de tantos colores, las tiendas iluminadas en pleno día...

VIERNES.—Igual que en Las Vegas, que en Singapur, que en Sao Paulo, amo. Ninguna diferencia con Nueva York, salvo los mercados y un poco las muchachas.

ROBINSON.—*(Para sí)* Y ¿qué voy a hacer yo en el hotel?

PLÁTANO.—*(Una frase en un idioma incomprensible, dirigida a Viernes que se ríe y le contesta en la misma lengua.)*

VIERNES.—El muy desgraciado, no ha perdido palabra, y yo que pensaba que no sabía inglés... Ustedes han hecho bien las cosas, amo, esa lengua la hablan hasta las focas del Artico.

ROBINSON.—¿Qué te dijo?

VIERNES.—Contestó a tu pregunta sobre el hotel. Encontrarás un programa preparado para ti, con horarios y el resto. Simplemente vendrán a buscarte y te traerán de vuelta. Museos y esas cosas.

ROBINSON.—*(Exasperado)* Qué carajo me importan a mí sus museos, ahora. Lo que yo quiero...

VIERNES.—Ya estamos, amo, baja por este lado. *(Dirige una alegre frase a Plátano, que le contesta con una carcajada y otra frase.)*

Ruidos apagados de un gran hotel. Un altavoz aterciopelado llama a un huésped. Música de fondo.

LOCUTOR.—*(Sobre el ruido de la acotación)* Horas más tarde...

ROBINSON.—Quédate todavía un poco, Viernes. Mira, pidamos whisky y bebamos juntos. Me imagino que tu habitación es tan buena como la mía, ¿verdad?

VIERNES.—No, amo. Es una habitación para criados, muy pequeña y con una ventana que da a un agujero de ventilación.

ROBINSON.—Protestaré, voy a llamar al gerente y...

VIERNES.—No, amo, no vale la pena. Para lo que voy a estar en esa pieza... Además tiene una ventaja que me explicó Plátano, y es que puedo subir por la escalera de servicio, y si por la noche hay alguien que me acompaña, nadie se dará cuenta de nada.

ROBINSON.—Y yo, ¿Viernes? Este programa es abrumador. Es interminable y aburrido, no me dejan un momento libre salvo las horas de sueño. Si por lo menos entonces... En fin, tú me comprendes, no es que yo necesite especialmente encontrar a...

VIERNES.—Claro que comprendo, amo. Mira, si tú no te ofendes y sobre todo si ellas no se ofenden, yo vendré a buscarte por la noche y te cederé mi lugar, o lo compartiremos.

ROBINSON.—Viernes, ¡cómo te atreves!

VIERNES.—Discúlpame, amo *(risita)*.

Suena el teléfono

ROBINSON.—Crusoe, sí. / Sí, sí, reconozco su voz. / ¿Dentro de media hora? Sí, claro, la esperaré abajo. / Ah, otro funcionario. / Comprendo, Nora, pero.... / Sí, supongo. Otra vez, entonces. / Sí, yo también espero. / Gracias.

VIERNES.—Pareces triste, amo.

ROBINSON.—No me fastidies con tus curiosidades. No estoy para nada triste. *(Pausa)* Bueno, sí, más bien decepcionado. Perdóname, no quise ser grosero.

VIERNES.—¿Me dirás quién es Nora, amo?

ROBINSON.—Casi no la conozco, es la persona que me recibió en el aeropuerto. Ahora me avisa que van a venir a buscarme. Por un momento pensé en ella.... En fin, es una visita al museo de antropología.

VIERNES.—¿Por qué no le pediste que te acompañara, amo?

ROBINSON.—Porque me hizo saber bien claro que no sería ella quien vendría a buscarme sino el conservador del museo. Tal vez mañana... Sí, tal vez mañana sea ella quien venga... *(repite para sí la frase)*.

Pausa. Leit-motiv, apagadamente.

VIERNES.—Bueno, si no necesitas de mí por el momento...

ROBINSON.—¿Te vas a encontrar con Plátano?

VIERNES.—*(Con una gran risa de felicidad)* ¿Cómo adivinaste, amo?

Puerta que se cierra. Silencio y juego Leit-motiv apenas audible. Bruscos pasos, click del teléfono.

LOCUTOR.—*(Sobre el ruido de la acotación)* La noche del mismo día...

ROBINSON.—El gerente, por favor. *(Breve pausa)* Crusoe, sí. He estado leyendo el programa. / Desde luego, excelente. / Pero yo quisiera ver algunas cosas en el programa. / Por ejemplo, el rascacielos que han construido en el lugar donde estaba mi cabaña. / De acuerdo, trate de averiguar en seguida. / ¿Me están esperando? Bajo en seguida.

Leit-motiv. Se oyen intercaladamente, frases típicas de los guías que explican monumentos, la voz de Robinson que agradece, luego música popular y estridente, las voces y las risas de Viernes y de Plátano en una fiesta, ruido de besos, muchachas que ríen y cantan. Progresivamente vuelta al leit-motiv melancólico, frases protocolores, brindis, explicación de un monumento, breves comentarios de Robinson.

LOCUTOR.—*(Sobre el ruido de la acotación)* Poco después en el hotel...

VIERNES.—Buenos días, amo. ¿Has descansado bien? No se diría, tienes cara de haber dormido poco.

ROBINSON.—Así es, dormí muy mal después de la última visita.

VIERNES.—No era así en los tiempos de la cabaña, me acuerdo de que dormías tan bien como yo, que soy un plomo, y que una vez me dijiste que casi nunca soñabas.

ROBINSON.—Es verdad... Casi nunca soñaba, había tanta paz en torno a mí...

VIERNES.—Pero la soledad te pesaba, sin embargo. Me dijiste que mi llegada te salvó de la melancolía.

ROBINSON.—Sí, era duro vivir solo en la isla, Viernes. No era posible que mi destino fuera ese, y sin embargo empiezo a creer que hay soledades peores que la de estar simplemente solo. Dame otro poco de café, Viernes, ¿sabes?, ayer por la tarde me llevaron a ver el rascacielos.

VIERNES.—¿Fuiste con Nora, amo?

ROBINSON.—No, con un funcionario especialista en construcciones. Me dijo que el edificio era un modelo casi insuperable, y le creo. Pero a mí me pareció igual que los de Londres, igual que todos los edificios ahora. La gente entraba y salía como si no se conociera, sin decirse palabra, apenas saludándose en los ascensores o en los corredores.

VIERNES.—¿Por qué esperabas otra cosa, amo? Tú mismo lo dices, aquí es lo mismo que en Londres o Roma. La isla sigue desierta, si puedo hablar así.

ROBINSON.—*(Después de una pausa)* La isla sigue desierta... Tal vez tienes razón. Mi isla sigue desierta, mucho más desierta que cuando el mar me vomitó en la costa...

VIERNES.—Es difícil imaginarlo, amo. Plátano me explicó que la isla tiene dos millones y medio de habitantes, y el gobierno ya se está ocupando del control de nacimientos.

ROBINSON.—*(Irónicamente)* Desde luego, todo termina en eso, es la única solución que son capaces de imaginar. Y entre tanto hay dos millones y medio de hombres y

de mujeres que se desconocen entre sí, de familias que son otras tantas islas. Como en Londres, claro. *(Pausa)* No sé, acaso aquí hubiera podido ser distinto....

VIERNES.—¿Por qué amo? ¿Por qué aquí y no en Londres o Roma?

ROBINSON.—No lo sé, Viernes, era como una esperanza vaga cuando decidí volver a pesar de todo lo que me decían. Estúpidamente pensé, ahora lo veo, que éste podía ser el lugar donde mi soledad de antaño se viera reemplazada por su contrario, por la inmensa maravilla de sonreírse y hablarse y estar cerca y hacer cosas juntos...Pensé que el libro habría servido para algo, para mostrar a la gente el pavor de la soledad y la hermosura de la reunión, del contacto... ¿Tú sabes, verdad, que el libro ha sido casi tan leído como *El Quijote* o *Los tres mosqueteros?* Bien podía yo hacerme algunas ilusiones, pero ya ves...

Golpean a la puerta.

VOZ DE UN EMPLEADO DEL HOTEL.—La señora St. John espera abajo, señor Crusoe.

ROBINSON.—¡Nora! *(Pausa)* Dígale que bajo en seguida. *(Pausa)* Dame el completo gris, Viernes. Corbata azul. ¡Apúrate, hombre! Fíjate si mis zapatos negros están bien lustrados.

VIERNES.—Sí, amo *(Risita)*.

Música de sordina del hotel, rumores del lobby. Tintineo de hielo en las copas.

Julio Cortázar (Foto: Colette Portal)

NORA.—Completamente extraoficial, Robinson. Y solamente un cuarto de hora, porque mis horarios son tan estrictos como los suyos.

ROBINSON.—No sé cómo darle las gracias, Nora. Que usted haya sospechado...

NORA.—¿Sospechado?

ROBINSON.—Sí, que esta visita a Juan Fernández no es lo que yo había esperado.

NORA.—Usted está solamente de visita. Yo tengo que vivir aquí.

ROBINSON.—¿Por qué lo acepta? ¿Por qué los dos, por qué todos, finalmente lo aceptamos?

NORA.—No lo sé, porque para empezar tampoco sé qué es lo que aceptamos. Juan Fernández es una isla maravillosa, y su pueblo, usted lo ha visto... en fin, casi lo ha visto.... es un pueblo igualmente maravilloso. El clima...

ROBINSON.—No hable como la mujer del subjefe de policía, por favor. Yo sé por qué ha tenido la bondad de venir a hablar un momento conmigo. Usted ha venido no solamente porque se ha dado cuenta de mi desengaño y de mi tristeza, sino porque también usted está desengañada y triste.

NORA.—*(Después de una pausa)* Es verdad, pero no se puede hacer nada contra eso.

ROBINSON.—Sí, me temo que ya sea tarde para gentes como usted y yo. Pero en cambio hay otros que....

NORA.—¿Otros?

ROBINSON.—No se ría, pero pensaba en mi criado Viernes, en su amigo Plátano, en la gente que todavía creemos educar y dominar, nuestros hijos culturales por así decirlo.

NORA.—*(Con la voz de la funcionaria)* Oh, esa gente piensa y siente de otra manera. Sus problemas son de otra naturaleza, no pueden entendernos.

ROBINSON.—O al revés, acaso. No sé, soy incapaz de ver con claridad después de que volví a mi isla. Antes todo era tan neto, Nora, tan claro. Usted leyó el libro, ¿verdad? En cada página había alguna referencia llena de gratitud hacia los designios de la providencia, la ordenación del Gran Relojero, la lógica impecable de los seres y de las cosas.

NORA.—A mí me gustó sobre todo la parte en que usted le salva la vida a Viernes, y poco a poco lo hace ascender de su innoble condición de caníbal a la de ser humano.

ROBINSON.—A mí también me gustaba mucho esa parte, Nora. Hasta hace una semana.

NORA.—*(Sorprendida)* ¿Por qué ha cambiado de opinión?

ROBINSON.—Porque aquí estoy viendo que las cosas resultaron diferentes. Cuando usted dice que elevé a Viernes de la condición de caníbal a la de un ser humano, es decir, cristiano, es decir, civilizado, yo pienso que desde hace una semana lo que más aprecio en Viernes es el resto de caníbal que queda en él... ¡Oh, no se asuste!, digamos de caníbal mental, de salvaje interior.

NORA.—Pero es horrible pensar eso.

ROBINSON.—No, más horrible es pensar en lo que somos usted y yo: usted, la mujer del subjefe de policía; yo, el visitante de Juan Fernández. Desde que llegamos aquí, Viernes me mostró, a su manera, que mucho de él era todavía capaz de escapar a lo que el sistema de Juan Fernández me impone a mí. Incluso estoy seguro de que

en este mismo momento en que nosotros nos encontramos, demasiado brevemente por desgracia, en un terreno común de frustración y de tristeza, Viernes y su amigo Plátano andan alegremente por la calle, cortejan a las muchachas, y sólo aceptan de nuestra tecnología las cosas que los divierten o les interesan, los juke-box y la cerveza de latas y los shows de la TV.

Se oye el griterío y la música de una gran fiesta popular.

NORA.—O sea, que de alguna manera, el verdadero final del libro es diferente.

ROBINSON.—Sí, Nora, diferente.

NORA.—Ese Viernes, agradecido y fiel, aprendiendo a vestirse, a comer con cubiertos y a hablar en inglés, parecería que es él quien hubiera debido salvar a Robinson Crusoe de la soledad. A Robinson y a mí, por supuesto, a mí y a todos los que nos reunimos en un lobby de hotel para beber un inútil trago recurrente y para ver nuestra propia tristeza en los ojos del otro.

ROBINSON.—No sé, Nora, no tenemos derecho a exagerar hasta ese punto. Soy demasiado civilizado para aceptar que la gente como Viernes o como Plátano puedan hacer algo por mí, aparte de servirme. Y, sin embargo...

NORA.—Y, sin embargo, estamos aquí mirándonos con algo que podríamos llamar nostalgia. Creo que siempre nos miraremos así en cualquier Juan Fernández del planeta. *(Bruscamente)* Me voy, mi marido espera mi informe.

ROBINSON.—*(Amargo)* ¿Sobre esta conversación, Nora?

NORA.—Oh, no, esta conversación ya ha ocurrido millones y millones de veces desde el fondo de los tiempos, no tiene ningún interés para la policía. Mi informe, en cambio, es apasionante, un análisis sobre los abortos y el suicidio en Juan Fernández. Hasta otra vez, Robinson.

ROBINSON.—*(Después de una pausa)* ¿Nunca podré caminar por las calles con usted, Nora?

NORA.—Me temo que no, y es lástima. Habitúese a los autos cerrados, se ve bastante bien por las ventanillas. Yo ya me he acostumbrado bastante. Juan Fernández es para mí como una serie de imágenes bien recortadas en el marco de las ventanillas del auto. Un museo, si se piensa bien, o una proyección de diapositivas. Adiós, Robinson.

Leit-motiv. Golpeteo de hielo en un vaso. Lejano rumor de ciudad. Música de baile popular, gritos alegres de gente que se divierte. Se pasa poco a poco al ruido de un auto y al rumor del aeropuerto.

ALTAVOZ.—Los pasajeros con destinación a Londres seguirán el corredor marcado con flechas rojas, y presentarán sus documentos en las ventanillas correspondientes a la inicial de su apellido. Los pasajeros con destino a Washington seguirán...

VIERNES.—*(Su voz sonora y alegre cubre la del altavoz).* Tenías razón, amo *(risita),* la organización es perfecta, mira cómo las flechas rojas nos llevan indefectiblemente a las ventanillas, ahora tú vas a la que dice C, y yo a la que dice V. Nos volveremos a encontrar, amo, no pongas esa cara tan triste, tú mismo me enseñaste las maravillas de este aeropuerto.

ROBINSON.—Me alegro de volver a Inglaterra, Viernes. Me alegro de irme de la isla. No es mi isla. Creo que nunca fue mi isla, porque incluso entonces no entendí que... Es difícil explicarlo, Viernes, digamos que no entendí lo que hacía contigo, por ejemplo.

VIERNES.—¿Conmigo, amo? *(risita)*. Pero si hiciste maravillas, acuérdate cuando me cosiste unos pantalones para que no siguiera desnudo, cuando me enseñaste las primeras palabras en inglés, la palabra amo *(risita)*, las palabras sí y no, la palabra Dios, todo eso que se cuenta tan bien en el libro...

ROBINSON.—Qué quieres, todo eso había que hacerlo para arrancarte a tu condición de salvaje, y no me arrepiento de nada. Lo que no fui capaz de entender es que alguien como tú, un joven caribe frente a un vetusto europeo...

VIERNES.—*(Riendo)*. Tú no eres vetusto, amo.

ROBINSON.—No te hablo de mi cuerpo, sino de mi historia, Viernes, y es ahí donde me equivoqué contigo cuando pretendí hacerte entrar en la historia, la nuestra, por supuesto, la de la gran Europa, y muy especialmente la de la grande Albión, etcétera *(ríe irónicamente)*. Y lo peor es que hasta ahora me parecía bien, te imaginaba identificado con nuestro modelo de vida, hasta que llegamos de nuevo aquí y a ti te empeoró ese tic nervioso... Así lo llamas, por lo menos.

VIERNES.—Puede ser que se me pase, amo *(risita)*.

ROBINSON.—Algo me dice que no, que ya no se te pasará nunca más. Pero es curioso que el tic se agravara cuando llegamos a Juan Fernández, cuando de golpe cambiaste, te encontraste con Plátano, y...

VIERNES.—Es cierto, Robinson. Muchas cosas cambiaron en ese momento. Y no es nada al lado de lo que todavía va a cambiar.

ROBINSON.—¿Quién te ha autorizado para que me llames por mi nombre de pila? ¿Y qué es eso del cambio?

El leit-motiv se mezcla con una música de fiesta y los altavoces del aeropuerto; todo eso dura apenas un instante.

VIERNES.—*(Con una voz más grave, más personal)*. ¿Por qué crees, Robinson, que esta isla se llama Juan Fernández?

ROBINSON.—Bueno, un navegante de ese nombre, en el año...

VIERNES.—¿No se te ha ocurrido pensar que su nombre no es el mero producto de un mero azar de la navegación? Tal vez no hay nada de casual en eso, Robinson.

ROBINSON.—En fin, no veo la razón de que...

VIERNES.—Yo sí la veo. Yo creo que su nombre contiene la explicación de lo que te ocurre ahora.

ROBINSON.—¿La explicación?

VIERNES.—Sí, piensa un poco. Juan Fernández es el nombre más común, más vulgar que podrías encontrar en lengua castellana. Es el equivalente exacto de John Smith en tu país, de Jean Dupont en Francia, de Hans Schmidt en Alemania. Y por eso no suena como un nombre de individuo, sino de multitud, un nombre de pueblo, el nombre del «uomo cualunque», del Jedermann...

Rumor de fiesta popular, de multitud.

ROBINSON.—Sí, es cierto, pero...

VIERNES.—Y eso explica acaso lo que te ocurre ahora, pobre Robinson Crusoe. Tenías que volver aquí conmigo para descubrir que entre millones de hombres y mujeres estabas tan solo como cuando naufragaste en la isla. Y sospechar acaso la razón de esa soledad.

ROBINSON.—Sí, creo que la sospeché mientras hablaba con Nora en el hotel; fue como si de golpe pensara en tal como eras el día en que te salvé la vida, desnudo e ignorante y caníbal, pero al mismo tiempo tan joven, tan nuevo, sin las manchas de la historia, más cerca, tanto más cerca que yo del aire y los astros y los otros hombres...

VIERNES.—No te olvides que nos comíamos entre nosotros, Robinson.

ROBINSON.—*(Duramente)* No importa. Lo mismo estaban más cerca los unos de los otros. Hay muchas maneras de ser caníbal, ahora lo veo con tanta claridad.

VIERNES.—*(Afectuosamente)*. Vaya, Robinson. Y esto has venido a descubrirlo al final de la vida, en el suelo mismo de tu isla. Ahora sabes que has perdido la facultad de comunicarte, de conectarte con Juan Fernández, con Hans Schmidt, con John Smith...

ROBINSON.—*(Patético)*. Viernes, tú eres testigo de que yo quería salir a la calle, mezclarme con la gente, que...

VIERNES.—No te hubiera servido de mucho con gentes como Plátano y sus amigos, te hubieran sonreído amablemente y nada más. El gobierno quiso aislarte por razones de Estado, pero hubieran podido ahorrarse el trabajo, lo sabes de sobra.

ROBINSON.—*(Lenta y amargamente)* ¿Por qué volví? ¿Por que tenía que volver a mi isla donde conocí una soledad tan diferente, volver para encontrarme todavía más solo y oírme decir por mi propio criado que toda la culpa era mía?

VIERNES.—Tu criado no cuenta, Robinson. Eres tú el que se siente culpable. Personal y vicariamente culpable.

ALTAVOZ.—Atención, embarque inmediato de los pasajeros con destino a Londres. Se les ruega llevar en la mano los certificados de vacuna.

ROBINSON.—Sabes, casi quisiera quedarme ahora. Tal vez...

VIERNES.—Demasiado tarde para ti, me temo. En Juan Fernández no hay lugar para ti y los tuyos, pobre Robinson Crusoe, pobre Alejandro Selkirk, pobre Daniel Defoe, no hay sitio para los náufragos de la historia, para los amos del polvo y el humo, para los herederos de la nada.

ROBINSON.—¿Y tú, Viernes?

VIERNES.—Mi verdadero nombre no es Viernes, aunque nunca te preocupaste por saberlo. Prefiero llamarme yo también Juan Fernández, junto con millones y millones de Juan Fernández que se reconocen como nos reconocimos Plátano y yo, y que empiezan a marchar juntos por la vida.

ROBINSON.—¿Hacia dónde, Viernes?

VIERNES.—No está claro, Robinson. No está nada claro, créeme, pero digamos que van hacia tierra firme, digamos que quieren dejar para siempre atrás las islas de los Robinsones, los pedazos solitarios de tu mundo. En cuanto a nosotros dos *(con*

una carcajada), vamos a Londres, y este avión no nos esperará si no nos apuramos *(siempre riendo)*. ¡Corre, corre! ¡Los aviones no esperan, Robinson, los aviones no esperan!

JULIO CORTÁZAR

Cortázar (Foto: Alberto Jonquieres)